

NUESTRA REUNION ANUAL CON LOS MUERTOS

Escrito por Elisa A. Martínez

"Te traje los colores del otoño" me dijo mi esposo Roberto al entregarme el ramo de crisantemas. Las puse en un florero en la sala. De vez en cuando me acerco y respiro fuerte el perfume del Campo Santo. El perfume del panteón. El perfume del lugar del descanso eterno.

El día dos de noviembre los mexicanos celebramos la muerte. No es un día de miedo o de espanto. Al contrario, es un día lleno de alegría cuando recordamos a todos nuestros muertitos. Visitamos sus tumbas para limpiarlas y decorarlas. Nos juntamos en el panteón y nos acordamos de tiempos pasados y festejamos con las ánimas. Cuando termina el día a la puesta del sol se ven las lumbres de cientos de veladoras y el perfume de las crisantemas nos asalta.

Me acuerdo cuando mi abuela y yo nos íbamos desde temprano al panteón. Mi mamá nos llevaba en el carro. Yo me sentaba en el asiento de atrás con el ruido de todas las latas vacías de café. A la entrada del campo santo siempre había puestos donde vendían flores para los muertos. Allí se bajaba mi "ata" y compraba perritos y crisantemas y me las apilaba en las faldas. Manejábamos por las curvas del camino hasta llegar a donde estaba la tumba de mi tía. Nos bajaba allí junto con el rastrillo, una palita para escarbar, un par de tijeras para cortar zacate, las latas, las flores y la canasta con nuestra comida.

Con un gran escándalo mi abuela aflojaba la tierra con su palita y enparejaba el zacate con las tijeras. Luego rascaba todo con el rastrillo y levantaba mucho polvo. Así seguía hasta quedar satisfecha con los resultados. Se olvidaba de mí y de todo. Se acordaba en voz alta y lloraba con Soledad, la hija que había perdido hacía ya muchos años. La polvareda me hacía estornudar y veía los arrollitos que hacían las lágrimas en las mejillas enpolvadas de mi abuela.

Cargábamos todas las latas a la llave y las llenábamos de agua. Luego escarbaba alrededor de la lápida y allí enterrábamos los botes firmes en la tierra. Con cuidado colocábamos las flores dentro.

Nuestra visita con los muertos era una ocasión festiva. Había mucha gente allí, todos con el mismo afán. Siempre era la misma gente. Parecían vecinos y en realidad sí eran. Eran vecinos de foza. Se reunían una vez al año a pasar el día. Cantábamos con los músicos que rondaban con sus acordeones y guitarras. No cobraban mucho y tocaban las piezas que despertaban recuerdos.

Los Padres Franciscanos con sus sandalias enlodadas y sus hábitos enpolvados se hincaban a rezar rosarios interminables. La hora de la comida era especial. Todos compartíamos de la fiesta. Ya tarde cuando se estaba poniendo el sol nos recogía mi mamá en su carro todavía lleno del perfume de las crisantemas.

En México les hacen altares a los muertos. Ponen fotografías y las rodean de flores, comida y de los artículos favoritos del difunto. Veladoras y papel picado adornan el altar. Se encuentran también las crisantemas y los cempoales. Colocan platos de comida, cigarrillos y dulces según el gusto del difunto.

Yo pongo mi altar en el buffet de la cocina. Allí pongo las fotografías de mi mamá, mi papá y my ata (abuela). Decoro con las calaveras de azucar y las figuras de las calacas sonrientes con sus vestidos elegantes. Los rodeo de lo que más les gustaba. También están las ruedas de pan de muerto bañadas de azucar morada con su decorado de huesos. El pan nos lo comemos el día de los muertos con cafecito con canela. No faltarán los cempoales y las crisantemas. Durante dos semanas desayunaremos y cenaremos con las fotos sonrientes en sepia. El perfume de las flores perdurará en mi cocina. El perfume del campo santo.

Sepultamos a mi ata enseguida de su hija Soledad. Este año voy a limpiar sus tumbas. Creo que eso les agradará.